



del ser humano y por ello, es el elemento del ser. Ahondando en la cuestión, la nada es también aquello que permite establecer la distinción entre el en-sí y el para-sí; y abarca la totalidad de la conciencia del hombre mientras éste vive, existe.

Jean-Paul Sartre dividió el existencialismo en dos corrientes o escuelas: los cristianos y los ateos. Entre estos últimos -los ateos- incluye a Martin Heidegger y a los existencialistas franceses. El análisis pertinente -en profundidad- es el de la corriente atea, ya que el mismo Jean-Paul se adscribe a ella, no obstante, también afirma que algo comparten estos dos enfoques: la consideración de que *“la existencia precede a la esencia, o, si se prefiere, que hay que partir de la subjetividad”* (Sartre, 2009, p. 7).

Negar la existencia de un ser superior -de Dios- implica que hay un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto. Con esta afirmación, Sartre se refiere al ser humano. Primero existimos, luego nos definimos, o lo que es lo mismo: la existencia precede a la esencia. El comienzo de todo ser humano es algo similar a la nada; a una nada que, de manera progresiva, se materializa y toma forma. *“El hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y después se define”* (Sartre, 2009, p. 31). Los seres humanos somos no definibles, ya que comenzamos siendo nada. Solo somos después y somos tal y como nos hayamos hecho.

La ausencia de la divinidad, del ser superior, de Dios; sitúa al ser humano como el máximo responsable de su existencia. Hay, entonces, una clara aparición de la libertad en el marco del